

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— XIV —

Cuando estaba hilando el proceso de unos penosos días en Atenas, y cuando difícilmente encontraba la manera de continuar esta suerte de parcial confesión, que es casi siempre todo trabajo en el que interviene el arte, así sea en mínima forma, me llegó una tarjeta a los correos con un dibujo muy académico y religioso, que representa la visita de san Corentin a san Primel, dos celestes personalidades de las que no tenía la menor referencia. Tan extraño mensaje llegaba de un olvidado amigo, de Godofredo, y en tratándose de él, todo hecho, por absurdo y desmesurado que parezca, tiene su justificación en algún lugar del cielo o de la tierra. "*Remember me from Athens. Please write. Your friend. Godfrey. Victoria, British Columbia. Canada*". Es todo lo que dice y, claro, que mucho me acordé de este "colombiano" conocido en Grecia.

El encuentro fue como sigue. Esos días en que casi flotaba de un lado a otro, dentro de una tumultuosa marea, cuya resaca me dejaba inevitablemente, al anochecer, en "Las Nueve Musas", un amigo del bar, cuyo nombre he perdido, al saber que yo era *from Colombia*, me dijo que allí también iba, con mucha frecuencia, un escultor paisano mío, a quien pertenecían algunas obras exhibidas en el bar. Traté de admirarlas, pero su estilo un tanto grotesco y terrible me impidió comunicarme con su mensaje, y esperé encontrarme con su autor lo más pronto posible. Para mí era algo ciertamente asombroso que un colombiano presentara su obra en tan remoto y fantástico lugar. Esa misma noche apareció el artista y cuando me lo señalaron encontré que su tipo no se acomodaba con mucha precisión al de mis coterráneos: alto, blanco, fino, de un pelo rojo que hacía resaltar sus increíbles ojeras y el azul de sus iris; tenía más bien un aire nórdico. Con todo, me acerqué para conocerlo.

—¿De Colombia?

—*Yes, from Colombia, from British Columbia.*

—Ah...

Me explicó luego que decía que era de Colombia porque detestaba el Canadá. Le parecía el lugar más inhóspito del planeta y el más espantoso.

A pesar de haberse derrumbado nuestro presunto paisanaje encontramos inmediatamente una mutua simpatía que nos tornaba alegres al encontrarnos. Por entonces, y espero que lo siga siendo, Godofredo, como le gustaba que lo llamara, era apuesto, romántico y sentimental; su fabulosa hipersensibilidad daba la impresión de que muchas veces se encontraba bajo los efectos de alguna droga. Aun cuando hablaba de sus experiencias con el *hashish* en Estambul, y de ciertos misteriosos brebajes conocidos en la casa de un mago turco, habitante del Lindos en la Isla de Rodas, nunca supe con certeza si todas estas cosas de que hablaba con tanta facilidad eran reales o productos de su activísima fantasía. Su aire enfermizo me fue explicado con toda claridad, cuando me contó que pasaba con mucha frecuencia varios días sin comer. “Mis esculturas no se venden. Pinto cuadros que interesan a muy pocos, y cuando interesan, me los pagan con cheques sin fondos, como el americano a quien vendí tres cuadros la última vez. Casi me vi en problemas con la policía por razón de tal cheque”.

Godofredo entendía que todas sus dificultades provenían de “su mala suerte”. Pero estaba cierto de que cambiaría de un momento a otro, porque un brujo de Estambul le había leído las cartas y le había dicho que hasta los treinta años no iba a tener ninguna fortuna. Le faltaban dos años para este cambio radical, que esperaba con resignación viviendo una vida de sueños, quijotesca y sin preocupaciones.

Mucho hablaba de una novia sueca que estuvo con él varias semanas en Atenas, pero... “Las suecas no están acostumbradas ni a los brujos, ni al hambre”. Se fue para Estocolmo y le escribía regularmente todas las semanas. En “Las Nueve Musas” había siempre alguien que lo invitaba a unas copas y esto le hacía olvidar y, sobre todo, le “anestesiaba” el estómago. De repente llegan los presuntos compradores y entre ellos algún amigo que “aparece en el último instante, cuando está uno contra la pared y no se tienen esperanzas”. Y así, con esta ilímite confianza en la vida, había permanecido seis meses en Atenas.

No quería, no podía rendirse a la regularidad de la vida que se le ofrecía en el Canadá. El regreso destruiría la “magia”. Para Godofredo todo era mágico en Grecia y en el cercano oriente. Yo le oí contar muchas veces la historia del Lindos que adornaba, cada vez, con distintas circunstancias. Lo esencial en el cuento era aquel mago, que conocía como nadie la preciosa ciudad de Rodas, y que un día lo había invitado a una copa de vino. Después del primer sorbo le preguntó: “¿Cuántos dioses puede contar en ese vaso?”. —El vaso que tenía en frente, cuyo vino bebía—. “Y allí me estuve toda la noche, contando los dioses incontables”. Terminaba diciendo con los ojos llenos de maravilla. Por cierto que cuando estuve en Lindos, mucho después, por un acto que no perdonaré nunca a mi inconsciencia, olvidé en forma total que Godofredo me había dado la dirección de aquel sabio fabuloso, la cual todavía conservo con gran cuidado en mi libro de viaje, para utilizarla en mi próxima excursión por el oriente. Con gran dolor recordé que poseía aquel dato en el irreversible avión que me condujo a Atenas de regreso.

Debo advertir que Godofredo era un artista instintivo que no asistió nunca a una escuela ni al taller de ningún maestro. Su titubeo expresivo

se adivinaba inmediatamente en sus obras escultóricas y se confirmaba luego en sus óleos, con los que trabajaba tenazmente en una astrosa habitación que tenía en lo más alto de Plaka, donde pasaba sus horas solitarias, lleno de exaltación e intoxicado por un espeso olor en el que no se podía distinguir el alcohol, el tabaco y el aguarrás, que eran los penates de aquel asombroso lugar. Una noche tan solo estuve allí, acompañando a unas compradoras americanas que estaban verdaderamente emocionadas con algo tan *very exciting*, que les mostraba la "real" vida de un artista. Tanto fue su entusiasmo, que al regreso a nuestro bar, nos invitaron a una botella de metaxas. Con todo y haberles prometido que podía escribir un poema a cada una de las obras maestras de mi amigo, se fueron sin adquirir un solo cuadro. "Estos vejestorios me los tengo que aguantar casi todas las noches", fue todo su comentario.

Estuve siempre conmovido de esta explotación que la vida hacía de su sensibilidad y de su inteligencia; sobre todo, me exaspera un poco el hecho de nunca encontrarlo afligido, y muy contento de hacer nuevos contactos humanos, que comunicaba a sus amigos en el colmo de la alegría. No puedo olvidar la felicidad que tuvo cuando me presentó a un poeta surrealista de Nueva York, de raza negra, que hacía composiciones monstruosas sobre la alienación de su gente en los Estados Unidos, y que andaba muy orgulloso del éxito que había tenido en Holanda, donde le fueron hechos numerosos reportajes en varios periódicos que nos enseñaba, una y otra vez, sin salir nunca del asombro. Naturalmente a Godofredo no le mortificó ni un solo instante su petulancia, que me lo hizo a mí repugnante desde el primer encuentro. Lo escuchaba humildemente y si no hubiera sido por mí, que le dije que no fuera idiota, había invertido un arrugado billete de diez dólares que guardaba muy dobladito en el fondo de su cartera, en un ejemplar del libro que el negro andaba vendiendo y del cual "le quedaban muy pocos ejemplares".

Con Mynas a veces, con Cayetano y con Anny, gastábamos muchas veces las largas noches sin sueño de Godofredo paseando por las calles de Plaka o escondidos en una esquina de nuestro bar. De las cosas que hablábamos no tengo ningún recuerdo; lo que de él me restará siempre, es aquella bondad innata y aquella certeza en un trabajo que le proporcionaba tan pocas satisfacciones. La última vez que lo vi, estaba más feliz que de costumbre porque había vendido unos cuadros. Con el producto de su venta no pensaba solucionar sus problemas inmediatos, sino comprar un pasaje para enviar a su sueca de Estocolmo que le había prometido regresar. Tenía una barba de varios días y unas ojeras inmensas, que hacían más luminosos sus ojos cuando hablaba de las perspectivas de su próximo encuentro.

* * *

A veces paso durante el día por la oficina de Aris y me habla de sus proyectos. Sobre todo un viaje a América. Quiere conocer nuevos poetas americanos y me promete traducir algo mío. Le he dado un largo poema que se llama *Canto llano*, que le interesa. Conoce el español aun cuando no puede hablarlo, y ha traducido a Neruda y a García Lorca. A

su vez, me obsequia con poemas suyos traducidos al inglés y al francés. Le prometo hacer versiones de los que me ha entregado. Me seduce inmediatamente uno en el cual empiezo a trabajar.

HELENA

*¿Dónde puedo encontrarte? Sobre la espuma verde
del césped extendido, tus manos blancas
hacia el azur, semejantes a descuidadas gaviotas
de la ruta marina, oh paisaje carnal
perdido entre el césped, tú; más vasta
que el vasto azul del cielo, Helena,
a quien el sueño blanco de la piedra
no puede encadenar porque vives
y te despiertas en mis brazos,
como el césped cuyas manos
se mueven por el alba, oh césped de mi carne
que se mueve bajo los soplos marinos
de Grecia, césped que llevas la primavera,
césped que llevas a Helena en mi voz, oh canto
cuyo destino es Helena, ¡oh Helena, Helena!*

*No hay aquí una voz sola, ni es la sangre
solamente, ni es el odio pleno de amor
ni el encanto tan solo del canto,
es más aún, las destrozadas cadenas, la tempestad
que ruge en los techos del verano, es la llamada
del mar que hunde los navíos, el soplo
de jóvenes madres que cantan nuevas
canciones de cuna y las lamentaciones de la sombra
que se pierde en el Hades, todo esto
y todavía mil cosas más, inconfesables,
con que tú cruzas mi pecho y enciendes
la llama digna, en la noche del siglo,
para ir con los pies desnudos a descubrirte
oh mi blancura, oh mi azur, ¡Helena!*

*Soy yo la flor y el abuelo, la raíz
que da color a mi voz, y es mi padre
el sol que me quema, y es mi cielo
el éter que me lleva. Lo se todo
y más aún; cosas inconfesables —mas tú eres la flor
y la raíz, tú eres el sol, tú eres el éter,
eres todo, Helena, y mis brazos son débiles
para arar la tierra y el espíritu indolente
para labrarla, mas tú vives en las vibraciones
de mi canto, eres mi único deseo,
mi tormento solo toda mi hambre y toda mi sed,*

eres tú todo, Helena, lo que mi corazón de efebo
desea durante el verano, el corazón que desbordando
mi pecho se tiende derribado bajo las estrellas
y contempla navegando, como una fragata
en el vasto cielo, la suelta cabellera,
los brazos extendidos, para lanzarlo
como un cisne, como un lirio purpúreo,
como una llama deslumbrante en la pura noche,
para que aquellos que están cautivos en las negras
prisiones, los que han nacido para odiar la venganza
purificante que cultivo como a una flor
en mi voz, te puedan ver tal una estrella, ¡oh Helena, Helena!

No es solo una memoria, es la llanura
de asfodelos y el lis de la raza
que el sol ha hecho brotar en mi carne,
el sol materno de pies inflamados,
el sol de mi abuelo y la voz y los incendios
y la sangre que durante siglos corrió
sobre el mármol hasta florecer
como un canto en mis labios, tú cisne
solitario, tú lis, tú canto. Te reconozco
memoria de Proteo, cisne, lis, canto
de los antiguos tiempos; inflamado verano
de la revuelta en Creta, mi verano, memoria,
y tú no sabrás mi nombre que sobre la frente
constelada de mi descendencia, tú adolescente
de mi raza, voz que vendrás, sangre de Helena,
Helena, Helena, Helena, embriaguez primera,
tan eterna como el lirio, como el cisne,
renacida en el canto de mis labios más allá de la tierra,
más allá de la muerte, más allá de la revuelta
de Helena, más allá de mí mismo y del mundo,
parecida a un canto vano, a un lirio, a un cisne
vano, oh ebriedad, ebriedad, ebriedad, ¡Helena!